

PALABRAS MAYORES

Un manifiesto
a favor de la vejez

LIDIA RAVERA

COLECCIÓN
ECOS
DEL PRESENTE

Título original en italiano: *Age Pride*
© 2023 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino
Publicado por acuerdo con The Italian Literary Agency

© De la traducción: Maria Borri, 2026

© Ilustración y diseño de cubierta: Raquel Riba Rossy

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2026

Primera edición: mayo, 2026

Preimpresión: Moelmo SCP
www.moelmo.com

ISBN: 979-13-87967-27-7
Depósito Legal: B 8817-2026

Impreso en Sagrafic
Impreso en España - *Printed in Spain*

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

Nunca vi a mi madre feliz.

Nunca la vi satisfecha, contenta con su suerte o con la mía.

Nunca la vi contenta.

Nunca la vi orgullosa de mis progresos, solidaria cuando yo tropezaba con mis límites, me sentía frustrada y decidía intentar superarlos, que en eso consiste la tarea de los niños.

Nunca la sentí cómplice, nunca jugamos juntas.

Los adultos resultaban pesados y poderosos, obligados a desplegar un amplio abanico de reproches porque aquella era la pedagogía de los afectos en los años cincuenta del siglo pasado. Los adultos instauraban con los niños unas relaciones jerárquicas. Los viejos eran una minoría silenciosa; no había muchas niñas que tuvieran abuelos. Yo no los tenía. Si por casualidad veía a un viejo por la calle, lo primero que se me ocurría era pedirle a mi madre una moneda para darle limosna.

Lo mismo que cuando íbamos a la iglesia, aunque la frecuentáramos de manera saltuaria y sin una relación con Dios que fuera más allá de los buenos modales.

Persígnate, quédate calladita, compórtate, arrodíllate.

Los viejos se asimilaban a los pobres. Vivían en las parroquias o en los hospitales.

La vida en serio empezaba en la infancia y llegaba hasta la edad de tus padres.

A partir de ahí, se abría una vorágine de la que nadie había vuelto nunca.

Había que procurar que no te engullera.

Es decir, mejor no crecer demasiado.

Mejor no soltar la infancia.

Jesús tenía 33 años.

Como todos los hombres. María, su madre, no tenía edad porque era especial. Yo no entendía muy bien porqué, pero decían que seguía siendo «señorita».

Convertirme en señorita y quedarme tal cual para los siglos de los siglos es, de todos mis planes, el primero que recuerdo.

Mi primer revés.

Empecé de muy niña a hacerme preguntas a propósito del tiempo. Cuánto duraba de verdad un año, cuántos años tardaría en convertirme en una adulta.

Cuántos años seguiría siendo adulta antes de convertirme en vieja.

O sea, pobre.
Y fea.

Nunca oí a mi madre hablar del futuro, a menos que se tratara de amenazar con castigos que no venían impuestos por ella o por mi padre, sino por el Tiempo: «Ya verás cuando seas mayor».

El texto entre líneas apuntaba dramáticamente a mi inapetencia (una de las primeras formas de rebelión contra el dictado materno) o mi falta de entusiasmo a la hora de ocuparme de la higiene personal. «Ya verás cuando seas mayor...». Enfermedades, residencias para mayores, soledad.

Adiós a las sesiones de cine, a las chucherías y a los juegos en el parque.

Responsabilidad, deber, labores domésticas.

El dichoso Tiempo ya me pondría a raya y me enseñaría a tomarme en serio la vida.

Empecé muy pronto a tenerle miedo al paso de las horas, de los días, de las semanas. Percibía una fuerza tumultuosa, como la de un torrente a punto de desbordar, que amenazaba mi seguridad y la de todos los demás seres humanos.

Si hacerse mayor se resumía en aquella clamorosa tomadura de pelo, había que buscar un refugio, una zona franca, una burbuja inmune al tiempo.

Investigar sobre la vejez no era oportuno. Nunca, ni de pequeños ni de mayores. Las personas decentes no envejecen.

Fin del programa.

En 1960 el porcentaje de población europea con más de 65 años era del 9 %; hoy estamos rozando el 22 %.

En 1960 aventurarse más allá de los 70 años era una rareza. Un privilegio de las clases acomodadas. Una suerte. Un gesto heroico.

Hoy la vejez es un fenómeno de masas. Viejos los hay a montones.

Ya no proporcionamos titulares.

Ya nadie nos envidia, ni se apiada de nosotros.

Los más amables sugieren que nos coloquemos una máscara.

Una ya no es joven, pero puede disimular. Sí, es posible. Incluso nos lo recomiendan.

Casi parece un deber.

La tarea es ardua y hay que ponerle empeño.

Lástima, porque podríamos dedicarnos a otra cosa.

Podríamos, por ejemplo, conquistar un poder enorme.

Sindical, político, cultural.

Un poder de mayoría relativa.

Podríamos impulsar leyes que mejoren la vida humana en el último trecho de su recorrido.

El más escarpado, el menos conocido.

Podríamos, podemos, trabajar para nosotros trabajando para los demás, que siempre ha sido la mejor manera de hacer política.

Si nos pusiéramos a hablar, a reflexionar, a hacer planes para una vida que dure toda la vida, y no solo dos tercios... las mujeres y los hombres con cierto criterio nos seguirían raudos y veloces como los niños de la ciudad de Hamelin cuando el flautista los invita a salir de sus casas y a seguirlo hasta los pies de la montaña, ahí donde la mismísima música ha abierto una brecha para que todos puedan acceder al gran parque de atracciones y disfrutar sin otra regla que el placer eterno.

Sí, eso es: como niños presos de un encantamiento, todos los «viejos-pero-no tanto» vendrían corriendo detrás de nosotros para descubrir cómo se puede disfrutar viviendo confortablemente en el territorio cercano al fin de nuestros días. Cómo aún es posible conocernos y reconocernos mientras atravesamos ese halo de niebla espesa que nos envuelve a todos, sin posibilidad de posponer la condena.

Lástima que a las personas nacidas entre 1946 y 1964, las conocidas como *baby boomers*, les dé vergüenza ser viejas o casi viejas.

Lástima que sientan, por su propio envoltorio terrenal, por el desgaste de la piel, por el inevitable aflojarse y ceder de su musculatura, una sensación de disgusto que no estaba prevista en el guion.

Hablo de las mujeres, sobre todo.